

septentrional, y que, en cambio, el rey Víctor Manuel cedería á Napoleón III Niza y la Saboya (1).

Del uno al otro confín del Piamonte, los periódicos hablaban de la guerra como si ésta hubiese sido ya declarada. No se pensaba más que en la lucha. Una ley acababa de reorganizar y aumentar la guardia nacional. Habíanse creado comités para reclutar, equipar y armar voluntarios, y hasta para asegurar socorros á los heridos, como si se estuviera en vísperas de la batalla. La *Sociedad nacional* había cimentado la unión entre el partido ministerial y la parte más activa del antiguo partido mazziniano. A principios de marzo llegó de Génova una comisión de republicanos que se brindaron á sostener, para la liberación nacional, la dictadura militar de Víctor Manuel (2). De ahí una apariencia de unanimidad ruidosa en favor de la guerra: bajo aquel tumulto, la voz de la prudencia era ahogada, y los menos optimistas, cansados de resistir al torrente, se abandonaban á él. La escasez de dinero era grande, pero con tal de poder hacer frente á las necesidades inmediatas del armamento, lo demás se confiaba á la suerte. El ministerio piamontés consagraba sus cuidados más urgentes á aumentar dichos armamentos. Casi todos los cuerpos de ejército habían sido ya concentrados en Alejandría y Casal ó se hallaban escalonados en las márgenes del Tesino.

Cavour buscaba en todas partes, con infatigable perseverancia, un pretexto para reclamar el auxilio de Francia y encender la guerra. En una extensa carta al príncipe Napoleón, estudiaba el mejor medio de impacientar al enemigo y tenderle el lazo en que al fin caería. Muchos jóvenes lombardos, decía, pasan la frontera y vienen á sentar plaza en nuestro ejército; Austria los reclamará, nosotros los negaremos, de ahí sin duda una causa de ruptura. He aquí otra, añadía Cavour, impaciente de lucha: Austria realiza grandes obras en Placencia, nosotros dejaremos que las continúe y luego de pronto reclamaremos su destrucción; ella resistirá y esa resistencia será la ocasión del conflicto (3).

Los días que aún faltaban para el momento supremo, Cavour los empleó en completar la red de intrigas que, mediante la guerra, habían de valerle toda la Italia central. Las provincias modenesas situadas al Occidente del Apenino estaban maduras para un cambio de amo; para aumentar entre la juventud el movimiento de deserción, se hizo correr la voz de que el príncipe reinante meditaba una leva y que los reclutas serían obligados á servir bajo la bandera de Austria. En Parma los manejes no eran menos activos. En cuanto á la Toscana, Cavour excitaba á La Farina á que crease en ella una viva corriente en favor de la independencia italiana y de la alianza piamontesa. En Turín redactóse en igual sentido una petición que fué enviada á Florencia, desde donde fué reexpedida al Piamonte como un producto espontáneo del liberalismo florentino. La dulce y blanda Toscana proporcionó dinero, más dinero que voluntarios. La consigna era propagar mucho más las ideas de nacionalidad que las de reforma ó de constitu-

(1) Véase *Correspondence respecting the affairs of Italy*, página 87.

(2) Guerzoni, *Vita di Nino Bixio*, pág. 123.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, páginas 366 y 370.

ción. Así pensaba La Farina (4); así pensaba el barón Ricasoli (5). El promotor, el amigo, el confidente de los liberales florentinos era el representante oficial del Piamonte, Sr. Buoncompagni, y como á éste le repugnaba algo minar al gobierno cerca del cual estaba acreditado, Cavour procuraba vencer sus escrúpulos (6). En su correspondencia con los comités de la *Sociedad nacional*, La Farina rasgaba los últimos velos: «No olvidéis que la guerra estallará en abril,» decía, dando á comprender además que el emperador había contraído con el Piamonte indisolubles compromisos. Las instrucciones ya transmitidas en octubre fueron renovadas, pero con más precisión. En el momento de la declaración de la guerra, y en manera alguna antes, la insurrección estallarí al grito de: ¡Viva Italia! ¡Viva Víctor Manuel! Depósitos creados cerca de las fronteras proporcionarían armas para el levantamiento. Cada conjurado, como para una verdadera movilización, se incorporaría al centro más próximo. Una vez la insurrección triunfante, el más osado ó el más notable se apoderaría de la dictadura con el nombre de *comisario provisional del rey Víctor Manuel*; destituiría á los funcionarios sospechosos, establecería consejos de guerra, suprimiría todos los periódicos, organizaría las quintas, todo so color de libertad; á fin de ganar voluntades, suprimiría luego ruidosamente los impuestos más impopulares, ó les cambiaría el nombre, aunque los mantuviese y hasta los recargase (7). Tal era el estado de la Italia central, todavía oficialmente en paz y bajo la autoridad nominal de sus príncipes. A dichos príncipes Cavour les enviaba nota tras nota para reprocharles el olvido de las reglas de buena vecindad y del derecho internacional. Hasta en el territorio directamente sometido á sus armas costábale trabajo al Austria contener los ímpetus del patriotismo excitado. Por aquel entonces, un joven veneciano, el conde Emilio Dándolo, ex voluntario de 1848, ex soldado de Crimea, murió en Milán. La concurrencia inmensa del pueblo y la explosión del sentimiento público transformaron sus funerales en una verdadera manifestación, y los rigores de la policía, lejos de abatir la efervescencia, la aumentaron. En Turín, el mismo día de las exequias, Cavour asistió á un servicio fúnebre en sufragio del alma del difunto; asistieron igualmente los más altos personajes oficiales y todos los jefes del partido liberal, de modo que la ceremonia, más que un homenaje piadoso á la memoria del ex voluntario, pareció un nuevo reto contra el Austria.

A principios de marzo, Cavour tuvo indicios de los esfuerzos extraordinarios intentados en favor de la paz. Sus temores fueron extremos. ¿Qué iba á ser de su obra y de sí mismo si Napoleón III, su protector y su instrumento, sacudía de pronto su cadena? Ante tan gran peligro, el ministro sardo, en vez de moderar su marcha, resolvió precipitarla. El 4 de marzo, en un banquete ofrecido á M. Gladstone que pasaba por Turín, Cavour

(4) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 133.

(5) *Lettere e documenti del barone Bettino Ricasoli*, tomo II, página 466.

(6) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 23.

(7) Instrucciones secretas de la Sociedad nacional italiana, de 1.º de marzo de 1859 (*Epistolario di La Farina*, tomo II, páginas 137 y 138).

se acercó á sir James Hudson, le manifestó el vivo sentimiento de que Austria quisiese poner su ejército en pie de guerra (1), y añadió: «Siento tanto más esa decisión cuanto que nos impone una medida igual, es decir, el llamamiento de todos nuestros contingentes.— Espero, replicó Hudson, que reflexionaréis antes de tomar una resolución que disminuiría grandemente las probabilidades de paz.» Cavour insistió, comparó las fuerzas modestas de Cerdeña con los formidables ejércitos de Austria, citó números y hasta invocó varias veces el testimonio del general La Mármora, que asistía al festín. Cediendo á nuevas súplicas, consintió en esperar una semana, á fin de poder saber el resultado de la misión Cowley. Esta concesión no era más que un ardid. Al día siguiente, en Turín se tuvo noticia de la nota pacífica del *Monitor* y de la dimisión del príncipe Napoleón. Decididamente el partido de la paz ganaba terreno en París. El rey y su ministro juzgaron que en tan extremas conjeturas la temeridad valía más que la prudencia. Afirmóse que Víctor Manuel, en una carta al emperador, le reprochó su abandono; dijo que, solo y todo, el Piamonte probaría la suerte de las armas, y añadió que, vencido, no bajaría del trono sin dar á conocer al mundo los motivos de su conducta y los altos estímulos que la habían dictado (2). El día 6, un consejo de ministros discutió las importantes medidas militares que harían casi imposible todo paso hacia atrás. En esto, un despacho enviado por lord Cowley á sir Hudson le informó que el Austria se comprometía formalmente á no atacar al Piamonte. Hudson se apresuró á comunicar la buena nueva á Cavour. «Ya es tarde, contestó éste; el decreto está firmado.» El 9 de marzo, en efecto, la *Gaceta Oficial* anunció que todos los militares licenciados ó mantenidos en sus hogares, desde la clase de 1832 hasta la de 1828, eran llamados al servicio activo.

VI

Dos políticas se hallan en presencia una de otra en el momento histórico que ocupa nuestra atención. Una de estas políticas se halla personificada en la nota pacífica del 5 de marzo; la otra, en el llamamiento de todos los contingentes sardos. La primera es la de la Francia previsora y laboriosa, la de los consejeros leales y prudentes que vislumbran de lejos la tempestad y la anuncian, la de los diplomáticos sinceros que, aunque turbados por toda clase de misiones secretas, paralelas ó contrarias, tienen el valor de decir la verdad, y la dicen por patriotismo, por presentimiento de lo porvenir, aun á riesgo de su favor ó de su fortuna. La segunda es la de Cavour. Entre estas dos políticas, Napoleón III es árbitro, árbitro que no tiene más que una palabra que pronunciar, con la condición de que esa palabra salga al fin de las trivialidades solemnes, de los enigmas cándidos ó sentimentales, y sea lo que todo el mundo desea, reclama y espera, una palabra de precisa y soberana voluntad.

(1) El Austria acababa de ordenar la movilización de una parte de los cuerpos de ejército números 2, 3, 5, 7 y 8. (Véase *Der Krieg in Italien*, 1859, tomo I, pág. 3, Viena, 1872.)

(2) Chiala, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 66.

En la noche del 16 al 17 de marzo, lord Cowley regresó á París. A la mañana siguiente fué á ver á Walewski. Antes de hacerle la menor pregunta, éste se apresuró á exponerle el estado de los negocios en Francia. La nota del 5 de marzo y la dimisión del príncipe Napoleón eran los indicios visibles de una política de conciliación; en cambio, la hostilidad de la Confederación germánica había ofendido al emperador y excitado el sentimiento nacional. El ministro insistió mucho sobre las manifestaciones del pueblo alemán, hasta las exageró un poco, ya porque en esto fuese sincero, ya porque quisiese cubrir bajo aquel pretexto la evolución de su soberano. Concluyó haciendo votos por la paz, pero con cierta frialdad que no era de buen augurio.

Sólo entonces pudo lord Cowley dar cuenta de su misión. Sin dejarse desconcertar por aquel lenguaje más alarmante que favorable, hizo valer las excelentes disposiciones del Austria y sobre todo la claridad con que el gabinete de Viena repudiaba por el presente y para lo futuro el papel de agresor. En las márgenes del Danubio, lo único que causaba inquietudes eran los armamentos de Cerdeña, que dejaban conjeturar el apoyo prometido, la asistencia segura de Francia. Si ésta quería realmente la paz, se le ofrecía una magnífica ocasión de mostrarlo aconsejando al Piamonte que desarmase. Este solo consejo, dado con autoridad, bastaría para apaciguarlo todo. Tales eran, dijo al terminar lord Cowley, los sentimientos y las miras del emperador Francisco José.

Walewski había dejado hablar á su interlocutor sin interrumpirlo. Cuando hubo terminado, le dió cortésmente las gracias por sus esfuerzos, le felicitó por su viaje, hizo justicia á las buenas intenciones del gabinete británico, y tranquilamente, sin inmutarse, le dió á comprender que sin duda sus esfuerzos de nada servirían, que su misión tendría á lo sumo el valor de una simple excursión diplomática, que durante su ausencia había surgido otra combinación que parecía prevalecer. Como lord Cowley escuchaba con una mezcla de sorpresa y decepción aquel extraño lenguaje, el ministro le anunció que hacía ya dos días que no se trataba de él ni de su embajada, que la querrela sería apaciguada, si había de serlo, no por la mediación de Inglaterra, sino por un congreso.

¿Qué significaba aquel nuevo golpe de efecto teatral? ¿Qué había ocurrido? En 15 de marzo, el Sr. de Kisselef, embajador ruso en París, había tenido una audiencia con el emperador. En esa audiencia había insistido sobre la extensión del conflicto, sobre la agitación que de Italia se propagaba á Alemania, y había emitido la idea de someter á un congreso una desavenencia que ya no interesaba sólo al Piamonte, sino que interesaba á toda Europa. Los gobiernos de las Tullerías y de San Petersburgo se habían echado mutuamente la iniciativa de la proposición. Finalmente, se había convenido que la nueva combinación sería presentada bajo el patronato y los auspicios de Rusia.

Por las apariencias, aquel congreso, más que un medio de conducir á la paz, semejava una máquina de guerra. Interceptaba la misión Cowley, como para sumir de nuevo en la confusión á Europa que renacía á la esperanza. Destruía, so pretexto de reanudarle sobre más anchas bases, el trabajo tan penosamente empeza-

do, y al multiplicar los puntos que había que arreglar, multiplicaba también las causas del desacuerdo. Emanaba de Rusia, deseosa de humillar á Austria, y de Francia no menos deseosa de patrocinar al Piamonte.

Sin embargo, ¿quién podía penetrar los tortuosos pensamientos de Napoleón III? Después de su visita á Walewski, lord Cowley fué á las Tullerías, donde el monarca le hizo referir todos los detalles de su viaje, habló de las dificultades presentes con mucha calma, juzgó que aquella situación procedía de una serie de faltas de que nadie se hallaba completamente exento, y añadió: «Es superfluo volver sobre el pasado: nos hallamos en presencia de hechos, y con los hechos es con lo que debemos contar. La Cerdeña está armada hasta los dientes; el Austria también; nosotros no nos hemos armado todavía, pero si no se llega á un apaciguamiento, nos armaremos.—Por ahora, interrumpió Cowley, no se ha formulado ninguna reclamación precisa, ningún cargo tangible.» El emperador convino en ello: «Pero el estado general de Italia es anormal, replicó: hay allá una cuestión urgente que arreglar, y hay que arreglarla mediante el común acuerdo de las potencias; de lo contrario, tengo la seguridad de que no podremos evitar una explosión terrible.» Este lenguaje no carecía de lógica y no era el lenguaje de un belicoso. Aquella misma tarde, en un despacho á lord Malmesbury, lord Cowley resumía así sus impresiones: «El emperador no está dispuesto á la lucha: no tiene con Cerdeña más compromiso que el de sostenerla contra toda agresión. En cambio, está celoso de la preponderancia de Austria en la Península: tiene grandes simpatías por Italia; por esa causa aceptará la guerra, pero no la provocará (1).»

A la media luz de esos testimonios, ¿no se puede ver, ó entrever al menos, los pensamientos íntimos de Napoleón III? Sería superfluo negar que estuviese ligado con el Piamonte y que el objeto de esa alianza era empujar hacia la guerra. Pero á medida que se acercaba el tremendo plazo, el emperador, con su natural sistemático é indeciso á la vez, fluctuaba entre sus teorías sobre el porvenir de la Península y sus solicitudes por su propio país. De ahí su propósito, no de negar su deuda, sino de reducirla, y de reducirla con el consentimiento del acreedor, y aun de pagarla de otro modo que con la sangre de Francia, si era posible. La simple mediación de Inglaterra respondía mal á semejantes miras. Para una evolución tan complicada, había que someter á una especie de tribunal europeo una serie de cuestiones, ampliadas é intencionalmente en vueltas en vaguedades, intimidar al Austria con la amenaza, moderar al Piamonte por el temor de perderlo todo, encontrar en fin en los últimos límites de la paz y de la guerra algún fastuoso triunfo diplomático que diese á Cavour una semi-satisfacción y proporcionase á Napoleón III la ocasión de vencer sin desenvainar la espada. «Hagamos ardientes votos porque la diplomacia haga en vísperas de una lucha lo que haría el día siguiente de una victoria.» Así se había expresado el emperador en su folleto *Napoleón y la Italia* (2). Si pu-

(1) Informe de lord Cowley á lord Malmesbury, 18 de marzo de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, página 120).

(2) *L'empereur Napoléon III et l'Italie*, pág. 64.

diese eludir la guerra, si pudiese lograr que el Piamonte, por habilidad ó por cálculo, abandonase, á cambio de algunos beneficios modestos, pero seguros, la rica, pero insegura presa, ¡qué apuro menos para él y qué gran responsabilidad eludida respecto á Francia trastornada é inquieta! Así pensaba el emperador, algo asustado del terrible paso que había dado y pronto á retroceder, con la condición de que la retirada tuviese todas las apariencias de una victoria. En eso, no olvidaba más que una cosa, una sola, y es que para detener ó suspender la empresa había que engañar al propio Cavour, es decir, al más hábil, al más astuto, al más pícaro de los políticos, al hombre de Estado de quien menos se podía esperar una carta de pago con descuento.

La proposición del congreso fué enviada, oficiosamente por Francia y oficialmente por Rusia, á los tres gabinetes de Londres, Viena y Berlín.

En Londres el proyecto fué acogido con visible mal humor. Al ministerio británico le repugnaba confiar á la asamblea colectiva de las potencias la obra de pacificación que había contado realizar por sí solo. Pero como, al parecer, era más peligroso rechazar la invitación que aceptarla, el gobierno de la reina, después de un largo consejo, acordó, en 19 de marzo, aceptar el congreso, con la condición de que no se discutiría en él ninguna modificación territorial, de que las deliberaciones versarían principalmente sobre los cuatro puntos ya indicados y de que los Estados italianos serían excluidos de la conferencia, único medio de descartar á Cerdeña. Aquella misma tarde, la decisión fué notificada al duque de Malakof.

La Prusia siguió fielmente á Inglaterra, como hacía desde el principio de la crisis.

¿Qué resolvería el Austria? Aquí estaba la gran duda. El 19, un telegrama había hecho saber que, de un modo general, el gobierno de Viena aceptaba el congreso. Pero ¿cuáles serían las condiciones de su adhesión? Urgía saberlo, pues sus exigencias podían hacer ilusoria hasta su aceptación. En los días siguientes, las declaraciones del Sr. de Buol pusieron en claro los pensamientos del gobierno austriaco. Este no rechazaba el congreso, pero pondría en empujamiento el mismo empeño que Francia en engrandecerlo. Deseaba que se descartase el Estado territorial. Dudaba que el papa dejase discutir en conferencias las reformas interiores que hubiese que operar en sus provincias. Emitía, en fin, la pretensión bastante singular de hacer figurar en el congreso á los representantes de los pequeños Estados italianos, pero no al de Cerdeña, y esto so pretexto de que, no estando el Piamonte ligado por ningún tratado particular con Austria, no tendría ningún interés especial que discutir ó defender ante la alta Asamblea. Lo que Austria pedía sobre todo era que su adversario se desarmase. En el fondo, respecto al Piamonte, el Austria se hallaba en una disposición mezclada de irritación y de cálculos. Mientras las tropas sardas estuviesen escalonadas á lo largo del Tesino, mientras Cavour estuviese en el poder, Austria no juzgaba posible una armonía duradera, y guerra por guerra, prefería precipitarla á esperarla. Pero si la Cerdeña, de grado ó por fuerza, dislocaba sus contingentes, no dudaba que la consecuencia de esa retirada sería la caída de Cavour. Entonces tendería al rey Víctor Manuel una mano ami-

ga, olvidaría lo pasado, y no solamente lo olvidaría, sino que se mostraría liberal respecto á Italia y pagaría con algunas ventajas la alianza renovada. En vista de esa eventualidad muy inverosímil, pero no del todo desesperada, Austria reprimía sus cóleras y se revestía de paciencia (1).

Situación tan confusa inspiraba más alarmas que esperanza. Sin embargo, si las cinco grandes potencias se adherían en principio al congreso, ¿sería contar demasiado con la humana sabiduría el esperar un tardío despertamiento de la previsión europea? El público, que conocía no los detalles, sino el conjunto de la crisis, seguía su desarrollo con una curiosa ansiedad. En 24 de marzo, el *Monitor* anunció la adhesión de los gabinetes de Londres y de Berlín, pero añadió que aún se esperaba la contestación de Viena. ¿Qué significaba aquella reserva? ¿Subsistía alguna divergencia fundamental? Al día siguiente, pareció que había motivo para tranquilizarse, al leerse en el periódico oficial una nota así concebida: «El gabinete de Viena se ha adherido á la proposición de Rusia concerniente á la reunión del congreso.»

VII

En la historia diplomática del segundo Imperio todo son choques y contrastes. Todo se halla sometido á la voluntad de un solo hombre, pero de un hombre de voluntades sucesivas y contrarias, que no emprende resueltamente el falso camino sino después de haberse acercado veinte veces al verdadero. De ahí una sucesión de peripecias que sería imprudente coordinar, porque inmediatamente se les quitaría la verdad. En la mañana del 25 de marzo los lectores del *Monitor*, después de haber leído la nota que acabamos de citar, pudieron leer, en la misma columna y á continuación, otra nota redactada en estos términos: «El conde de Cavour ha salido de Turín para París, invitado por el emperador.» ¿Qué significaba aquella inesperada visita, y qué nueva maquinación preparaba aquel gran creador de trastornos?

La noticia del proyectado congreso había confundido algo á Cavour. Por formales que fuesen las estipulaciones de Plombières, éste temía que el soberano, dominado por las alarmas públicas ó las observaciones de sus consejeros, se escudase con Europa para sustraerse á la guerra. A su ansiedad se había añadido una gran irritación al saber que si el congreso tenía efecto, se verificaría probablemente sin él. En seguida había dirigido á todos los amigos de Cerdeña reclamaciones desesperadas. ¿A qué venía el congreso? ¿Por qué su país había de ser excluido de las conferencias? En 1856, los representantes del rey Víctor Manuel habían sido admitidos en las de París. Desde entonces, ¿había desmerecido el Piamonte á los ojos de Europa? Cavour había dirigido sus más ardientes llamamientos al príncipe Napoleón; le conjuraba que interviniese cerca del emperador; denunciaba la influencia de Walewski, infiel intérprete de los pensamientos de su soberano; dirigía además imperiosos y suplicantes mensajes al caballero Ni-

gra, á fin de que éste, con su destreza, con sus subterfugios y con sus ruegos, arrancase á Napoleón III á las influencias de los amigos de la paz (2). Luego, sin fiar más que en su propia habilidad, había resuelto ir á defender personalmente su causa en las Tullerías: de ahí el artículo del *Monitor* que anunciaba su viaje. El 26 de marzo llegó á París.

Los dos cómplices de Plombières iban á encontrarse otra vez en presencia uno de otro: el uno resuelto por temperamento y por la imposibilidad de retroceder; el otro dominado por compromisos que alternativamente le atraían y espantaban; el uno débil y el otro poderoso, pero supeditado al débil; el uno tendiendo hacia el fin con todo el ardor de su patriotismo y de su ambición, y el otro caminando hacia él con paso irregular é indeciso, como teórico que sueña, que quisiera prolongar indefinidamente su ilusión. Cuando Europa supo el encuentro de los dos grandes actores, se produjo un imponente silencio. Pero el temor dominaba á la esperanza.

Inmediatamente después de haber llegado á París, Cavour tuvo con el emperador una entrevista cuyo misterio no se ha penetrado. En los dos días siguientes, el soberano, invocando una indisposición, se esquivó. El ministro sardo era objeto de la curiosidad general, y en el hotel Castiglione, en que se hospedaba, afluan las visitas. Procuró descubrir las disposiciones públicas sin revelar sus propios intentos. A los financieros que le interrogaban con ansiedad contestó en tono festivo: «Hay probabilidades de paz y hay probabilidades de guerra;» y no se le pudo sacar más. Como Rothschild insistiera, Cavour replicó en el mismo tono de chanza: «Voy á hacer una proposición: compremos fondos á medias y juguemos al alza; presentaré mi dimisión y habrá un alza de 3 francos.—Sois muy modesto, señor conde, replicó el banquero; bien valéis 6 francos (3).»

La opinión de los católicos inquietaba sobre todo á Cavour, quien la exploraba cuidadosamente, pues presumía que el secreto de las indecisiones imperiales estaba en el temor de enajenarse el partido religioso hasta entonces tan fiel. El ilustre viajero se hubiese presentado gustoso en algunos de los salones parlamentarios cuya urbanidad le encantara en otro tiempo; pero no se atrevió á pasar los umbrales de los mismos, de tal modo adivinaba su hostilidad (4). Con los diplomáticos extranjeros, Cavour afectó una imperturbable confianza. A falta de Napoleón III, el ministro sardo conferenció con Walewski, que no perdonó argumento para enfriar su ardor bélico y añadió que, si el congreso lograba reunirse en una especie de confederación á todos los Estados de la península, la independencia y la seguridad de Italia se hallarían suficientemente garantidas. En fin, el 29 de marzo, Cavour tuvo con el emperador otra entrevista en presencia del ministro de Negocios extranjeros. El jefe del gabinete sardo defendió tenazmente su causa, y á pesar de los amistosos consejos del soberano, y á pesar de las instancias acerbas de Walewski, negóse al desarme. Salió de las Tullerías bastante descontento,

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, páginas 45-46.

(3) Massari, *Il conte Cavour*, págs. 309 y 310.

(4) Véase carta de M. Rendu al periódico *Le Monde* (*Le Monde*, 11 de enero de 1882).

(1) Véase *Correspondence respecting the of Italy*, págs. 112, 148 y 151.

según se dijo, del emperador, pero muy resuelto á no ceder. Y es que, si había adivinado las supremas indecisiones de Napoleón III, había adivinado también que con una persistente energía triunfaría hasta de aquellas vacilaciones. Por la noche escribió al general La Marmora: «La cuestión italiana ha sido iniciada de la peor manera posible.» Pero añadió luego: «La guerra es inevitable: se retrasará al menos dos meses; tendrá efecto á orillas del Po y á orillas del Rhin (1).» Al día siguiente, en el momento de salir de París, Cavour quiso recordar al emperador, por medio de otra carta, sus antiguas simpatías, sus estímulos y sus promesas; quiso decirle, en una palabra, todo lo que en la conversación del día antes la presencia de Walewski le había obligado á callar ó abreviar. Denunciaba de antemano la impotencia del congreso; suplicaba al soberano que permaneciese sordo á los consejos de su ministro de Negocios extranjeros; le exponía vivamente los peligros de una política retrógrada que convertiría la Italia en enemiga mortal sin reconquistar la amistad perdida de Inglaterra y de Austria; pintaba la terrible situación del rey, reducido á la abdicación si se veía abandonado; conjuraba, en fin, al emperador que fijara en un *memorándum* las condiciones que impondría al gobierno de Viena (2). Después de haber dado este último golpe, Cavour partió. El 1.º de abril estaba en Turín, donde encontró en el andén del ferrocarril numerosos grupos de amigos suyos, dispuestos á hacerle una ruidosa ovación y á saludar en él al infatigable creador de Italia.

VIII

No tardó en saberse lo justificado de aquella ovación. Del cambio de impresiones sobre el congreso se habían desprendido dos cuestiones de las cuales dependería sin duda la paz ó la guerra: *La Cerdeña ¿sería admitida en el congreso? En segundo lugar, ¿sería invitada al desarme?* Sobre la primera cuestión, Inglaterra, fielmente seguida por Prusia, proponía la exclusión del Piamonte, no por malevolencia, sino porque su admisión hubiera acarreado la de los otros principados italianos, lo cual hubiera dado una influencia preponderante al Austria: subsidiariamente, emitía la opinión de que los representantes de los Estados italianos, sin formar parte de la asamblea, tuviesen en ella voz consultiva en todos los asuntos que les interesasen. En cuanto al desarme de la Cerdeña, la Gran Bretaña lo juzgaba necesario, pero con la garantía formal de Francia é Inglaterra contra todo ataque. A esas proposiciones desde luego implícitamente admitidas ó débilmente contradichas, el gabinete de las Tullerías, de resultas del viaje de Cavour, opuso contestaciones dilatorias ó negativas. En 30 de marzo, Cowley telegrafió á lord Malmesbury que no podía obtener ninguna solución satisfactoria respecto al desarme ni respecto al modo de representación de los pequeños Estados italianos. En 1.º de abril, el marqués de Azeglio, ministro de Cerdeña en Londres, de regreso de París, donde había asido llamado por su jefe,

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, páginas 53-54.

(2) Carta de Cavour al emperador Napoleón III, 30 de marzo de 1859 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, páginas 376-380).

confirmó aquellas malas noticias: anunció á lord Malmesbury que Cavour se negaba al desarme y no consentiría jamás en sentarse á la mesa del congreso si no había de tener en él más que voz consultiva (3). ¿Se hubiese mostrado Cavour tan audaz, si su reciente viaje no hubiese vuelto á fortalecer su influencia sobre el emperador? Lo que confirmaba aquella desconsoladora impresión eran los despachos recibidos de Turín, que anunciaban un recrudecimiento de ardor. El 17 de marzo, un decreto había autorizado la creación de cuerpos francos, y los voluntarios formados en Cuneo y en Savigliano. Garibaldi se hallaba en Turín, donde celebraba conferencias con el jefe del gabinete y con el rey, y ya alistaba todas las fuerzas revolucionarias bajo la bandera de Víctor Manuel. A los que hablaban del congreso, los amigos y servidores del primer ministro replicaban: «No habrá congreso; el Sr. de Cavour está demasiado contento para ello (4).» A pesar de aquellos síntomas alarmantes, Cowley quiso ver otra vez á Walewski, á fin de arrancarle, si era posible, su secreto; en 4 de abril lo visitó y obtuvo de él, entre otras confidencias, la siguiente: «La visita de Cavour ha sido pernicioso, pero no ha alterado las resoluciones del emperador al extremo de decidirlo á la guerra.—¿Y el desarme?, objetó Cowley.—¿El desarme?, replicó el ministro; confieso que el Piamonte no se ha prestado á él; pero puedo afirmaros que no hay argumento de persuasión que el emperador no haya empleado con Cavour para hacerle aceptar esa medida. Su Majestad hasta apeló á su propia situación diciendo que lo acusarían de deslealtad, pues nadie creería que en las circunstancias actuales la Cerdeña obraba contra los deseos del emperador. Pero ni los ruegos ni las amenazas han producido el menor efecto en Cavour, quien ha persistido en decir que el rey y su gobierno estarían perdidos si se adhiriesen á tan humillante proposición (5).»

Este lenguaje era espantoso hasta en su moderación, pues denunciaba la insondable debilidad de la poderosa Francia. Llega un punto en que el desatino, lo mismo que la lógica extrema, desconcierta y paraliza toda contestación. Lord Cowley escuchaba con mudo asombro aquel lenguaje inaudito. «Era la gloriosa Francia la que se encadenaba voluntariamente á remolque del pequeño Piamonte! Como si hubiese perdido la facultad de querer, la Francia se negaba el derecho de imponer al Piamonte aquel desarme que aseguraría la paz: se limitaba á aconsejarlo, á aconsejarlo por medio de una advertencia tímida que despojaba previamente de toda sanción. Y si el Piamonte no seguía aquel consejo humildemente dado en voz baja, casi en forma de súplica; si del contacto de todos aquellos batallones concentrados en las márgenes del Tesino nacía algún choque; si el Austria, cansada de tantos retos, cometía la suprema torpeza de asumir el papel de provocadora, Francia seguiría ciegamente, de modo que, por una increíble interversión de los papeles, el eje de la política se hallaría transportado de París á Turín y del palacio de las

(3) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 165, 170 y 171.

(4) De la Rive, *Comte de Cavour, récit et souvenirs*, pág. 293.

(5) Lord Cowley á lord Malmesbury, 5 de abril de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 191-192).

Tullerías al modesto domicilio de Cavour. ¿Qué lazo misterioso había anudado aquella política? Al llegar á este punto, Europa se perdía en conjeturas, y como toda aquella conducta parecía inexplicable, tan pronto la atribuía al miedo á los asesinos procedentes de Italia, como trataba en vano de adivinar algunas estipulaciones ocultas cuyo secreto y cuyo precio á la vez descubriría sin duda el porvenir.

El peligro aumentaba no sólo en París y en Turín, sino que también en Viena, donde los resentimientos largo tiempo reprimidos amenazaban estallar. En el lenguaje hasta entonces tan prudente de la prensa austriaca empezó á observarse, hacia fines de marzo, un cambio notable. El tono más altivo y acerbo de los periódicos reveló una funesta disposición á echar los dados y á confiar á las armas el juicio de la querrela. Según la prensa vienesa, los representantes del emperador Francisco José no podían figurar en ningún congreso hasta que hubiese cesado todo el ruido armado en Turín. Era necesario, no sólo que la Cerdeña procediese al desarme, sino que además bajase Cavour del poder y el rey Víctor Manuel repudiase sus pasados errores. Respecto á Francia, se la acusaba de fomentar en Europa el espíritu de disputa y de tener siempre de reserva algún *casus belli* preparado. Hasta en las esferas oficiales se sentían los restos de una paciencia que se agotaba. En sus conferencias, Buol, exasperado, se mostraba rígido, áspero, sutil, lleno de argucias, y lejos de limitar sus exigencias, las aumentaba. Contando con el apoyo de Alemania, abrigaba el pensamiento de oponer á las pretensiones francesas una especie de *Santa Alianza* reconstituída, y renovaba con jactancia la pretensión de introducir en el congreso los pequeños Estados italianos, á excepción del Piamonte. Mientras tanto, nuevos batallones se dirigían hacia Italia, una febril actividad presidía á la reparación de las fortalezas, las ciudades lombardas eran puestas en estado de defensa, de modo que á uno y otro lado del Tesino se multiplicaban las vivas imágenes de la guerra próxima. En los consejos de Francisco José dominaba una preocupación fija: el desarme de la Cerdeña. «Es la condición *sine qua non* de nuestra entrada en el congreso, no se cansaba de repetir Buol; de lo contrario, toda la negociación no sería más que una comedia.» Y añadía en un tono cada vez más resuelto: «Ni el emperador, mi soberano, ni el gobierno, ni el público, creen en la paz. Lo único que haría creer en ella sería el desarme de Cerdeña. Mientras tanto, el congreso no parece sino un medio de ganar tiempo y de aislar á la Prusia y á Inglaterra.» Así hablaba Buol en 31 de marzo, el mismo día en que Cavour regresaba á Turín, donde le aguardaban las aclamaciones de sus amigos. En 6 de abril, el embajador de Inglaterra, lord Loftus, tuvo otra entrevista con el jefe del gobierno austriaco y le anunció las malas noticias que había recibido de París, el funesto resultado del viaje de Cavour, las disposiciones de la Cerdeña, que se negaba al desarme y á aceptar un papel secundario en el congreso. Buol escuchó con calma aquellas noticias, como hombre que juzga la guerra inevitable. Contentóse con observar que la Cerdeña, al negarse al desarme, proporcionaba la prueba material de sus ambiciones. Como lord Loftus hubiese sugerido la idea de que cada uno de los dos ejércitos se mantuviese á diez

leguas del Tesino, Buol replicó vivamente: «No, no, eso es inaceptable, y, si se me hiciera tal proposición por escrito, yo contestaría agríamente.» Añadió que el ministro de Prusia le había sometido ya aquella combinación y que él la había rechazado. «Pero, insistió lord Loftus, la Europa ¿va á ser arrastrada á la guerra por la sola obstinación de la Cerdeña en no disgregar sus contingentes? ¿Cómo puede la valerosa Austria temer los esfuerzos más ridículos que alarmantes de la pequeña Cerdeña? A estas últimas palabras Buol contestó con gravedad: «No, el Piamonte no nos asusta, pero lo consideramos como la vanguardia de Francia... No tenemos confianza en la corte de las Tullerías. Si el emperador Napoleón quiere realmente la paz, el arreglo es fácil: que el Piamonte proceda al desarme,» ó bien, añadió Buol después de una pausa y en un tono más conciliante, que *el desarme sea general, de modo que el Piamonte parezca menos obedecer á una intimación que someterse á la ley común...* Pero, concluyó el canciller austriaco, «no nos hacemos ilusiones, es la punta de la espada y no el ramo de olivo lo que Francia nos presentará (1).»

IX

Todo tendía hacia la guerra. Sin embargo, en la entrevista que acabamos de referir, una idea había llamado sobre todo la atención de lord Loftus, la de un desarme, no ya aplicado á la Cerdeña sola, sino hecho extensivo á todas las potencias. ¿Podía el Piamonte negarse á seguir el ejemplo de la poderosa Francia y de la poderosa Austria? Lord Malmesbury, en sus laudables esfuerzos en favor de la paz, acogió ese expediente, se agarró á él como á una suerte inesperada y se apresuró á recomendarlo á los gobiernos de San Petersburgo, de Berlín y de París.

El 7 de abril, lord Cowley visitó á Walewski y le sometió aquella combinación del *desarme general*, combinación que ponía á salvo el amor propio de la Cerdeña y no dejaba lugar á ninguna objeción seria. ¿Cuál no sería la decepción del embajador cuando, en vez de una adhesión calurosa, encontró en el ministro francés la más indiferente frialdad! «¡Desarmar!, replicó Walewski, ¡pero si no nos hemos armado!» Y cambiando de conversación, extendióse sobre un proyecto de origen ruso, proyecto extraño que consistía en celebrar el consejo, pero sin Austria, prescindiendo de ella. Al día siguiente, lord Cowley se decidió á ir á las Tullerías en busca de las aclaraciones que no encontraba en el *quai d'Orsay*. El momento no era oportuno. El emperador había recibido importantes despachos sobre los preparativos militares de Austria; además acababan de comunicarle por conducto de la legación sarda una proclama belicosa dirigida á las tropas concentradas en Lombardía. A la proposición de desarme general, Napoleón se limitó á contestar: «Si el Austria quiere el desarme, que empiece por efectuarlo ella... En cuanto al gobierno piamontés, le he aconsejado varias veces, de palabra y por escrito, que suspendiese ó limitase sus preparativos; mis consejos no han sido atendidos y no puedo renovarlos.

(1) Despachos de lord Loftus á lord Malmesbury, 6 de abril (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 209, 212 y 213).